

# DETRAS DEL ESPEJO

MANUEL VICENT

**A** media tarde, las calles están casi desiertas, como en los tiempos en que el Real Madrid ganaba por televisión las finales de la Copa de Europa. El país está todo conectado con el torneo parlamentario, de modo que el horario de trabajo o los desplazamientos del contribuyente se ven troceados por fragmentos de transistor. El mismo sonsonete, unas veces fogoso y redentor, otras tecnificado de cifras y paternal, te sorprende cuando atraviesas una portería, entras en un bar o paseas por un parque. Quiero ver la exposición de Antonio Saura. Cojo un taxi. El recinto del coche también está envuelto por la voz de un padre de la patria.

—¿Quién gana?

—En este momento está ganando Fraga. Acaba de contar un chiste en gallego —contesta el taxista.

La exposición de Saura está en el edificio de la Caja de Ahorros en la plaza de las Descalzas. Unos servidores con la metralleta puesta guardan la galería de monstruos, los alquitranados grafismos que semejan tachaduras de pintadas callejeras. A esa hora las tres plantas llenas de negras cabezotas aparecen en una soledad algo terrorífica. La fiesta está en otra parte. Pero se oye el soniquete envasado de una radio, no logro adivinar de dónde viene, aunque la perorata ahogada de un líder, que sin duda pretende arreglar la situación, se pasea por la sala, golpea levemente los retratos de ojos desorbitados y muecas terribles. Da la sensación de que alguien, desde una lejana sala de máquinas, ofrece instrucciones para recomponer el rompecabezas del país planteado en cada lienzo. Los monstruos permanecen impassibles en las paredes, como si oyeran llover.

Después entro en una cafetería. Pido un té con leche. Bajo a los servicios. La señora de los lavabos también tiene puesto el transistor. Felipe González está soltando una ristra de remedios semiabstractos de tonalidad cálida. Mi compañero de urinario es un señor calvito y grave. No me conoce de nada, no nos une más que esta necesidad perentoria, pero se vuelve hacia mí por encima del blanco retable de Roca y me dice:

—Es muy joven.

—¿Quién? —pregunto todo azorado.

—Ese que habla. Es demasiado joven para permitirse el lujo de dar consejos a todo un país entero.

Desde su paradita de papel higiénico la señora de los lavabos de pronto grita:

No sé si se dirige a nosotros o a un desconocido ser encerrado en la batería de retretes. Mi compañero de urinario probablemente es prostático. Lo encontré allí, lo dejé allí contemplando el medio limón en el fondo de la copa. Al salir, oigo una voz estentórea que emerge desde el fondo de un excusado sin techo y resuena en la bóveda.



## FRAGMENTOS DEL DEBATE

—Diga usted que sí, tía Plácida, a Fraga le cabe todo el Estado en la cabeza.

Frente a la taza de té con leche entre soplidos de cafetera, descargas de la caja registradora y los golpes electrónicos de un adolescente bellaco que juega con la máquina percibo el almibarado sonido de un locutor retransmitiendo el debate parlamentario a modo de corrida de toros.

—En este momento, Felipe González abandona la tribuna. Hay una contenida emoción en la plaza. Se abre el portón y aparece Pérez Llorca, un ensabanado con mucho sentido. Sube al podio, señoras y señores, y comienza la faena.

Pago la consumición al camarero mientras Pérez Llorca habla no sé qué de un hilo conductor. Camino por la acera y en un par de kilómetros se meten en mis oídos todos los males de la patria, todas las esperanzas de salvación, una sarta de deseos confesables. En el zaguán de un caserón oficial el conserje está sentado y

tiene una aparatito vociferante a los pies. El diputado Giménez Blanco, con una mala uva muy sonora, lanza exorcismos contra los proyectos socialistas. Me acerco a comprar el periódico y escucho en el soto del quiosco a Alfonso Guerra inundado de revistas insultando a alguien. Un chófer aparcado tiene la puerta del coche abierta y el timbre compulsivo de Sagaseta se desparrama sobre el asfalto con gritos contra el imperialismo, pero el ministro de Defensa, en el semáforo siguiente, le recomienda que escuche a Borodin. Es un llo espantoso. En una esquina oigo a un fulano que dice:

—A Sagaseta habría que hacerle un monumento.

Quince metros más allá, de balcón a balcón, se cruza la pregunta de unos oficinistas.

—¿Siguen todavía ahí esas porterías?

—Ahí están. Parecen cotillas tirándose los trastos a la cabeza.

Todo el país está enganchado con el voto de censura. Por la noche asisto a la cena de Juan Luis Cebrián. Cuatrocientas personas de la clase más o menos divina se reúnen en torno al director condenado dentro y premiado fuera. Da la casualidad que entre todos los comensales sólo uno lleva transistor. Se trata de Julián García Candau y está sentado a mi lado. Deposita la caja alarmante sobre el mantel y, mientras van y vienen los langostinos congelados del homenaje o el escalope del desagravio, una vocecita de poltíco se abre paso entre copas y tenedores. A veces Candau se aúpa el aparato hasta la oreja y yo le pregunto:

—¿Cómo van?

—Esto acabará resolviéndose por penalties —me contesta.

Al día siguiente voy a la exposición antológica de Tápies en el Museo de Arte Contemporáneo. Por la radio del taxi, una vez más, Manuel Fraga se ofrece al Rey y al país por si gustan de sus servicios. Tápies es un creador extraordinario, con un sentido mágico del espacio, con un refinamiento sutilísimo de las formas. En medio de aquellas elaboraciones de una sensibilidad pura me persigue el sonido de otra radio misteriosa, donde Adolfo Suárez se exhibe como cordero sacrificado. A la salida del museo le pregunto a un bedel:

—¿Quién ha ganado?

—Creo que hemos perdido todos.

Después, por televisión, aún vendría la repetición de la jugada en la alta noche de luna llena. ■